

ESPAÑA, PAÍS DE PINTORES

España, 1988

Sí, es verdad, España es país de pintores. Pero acaso sería más verdad decir que España es país de... pintura. España (como China y Japón, como Italia, como... Flandes, como la misma Holanda con sus tres únicos pintores) es muy decididamente país de pintura, es decir, de... *concauidad* pictórica, de sustancialidad, de esencialidad pictórica. La abundancia o escasez de pintores no quiere decir apenas nada; ese abundar y escasear vienen a ser, más bien, unos fenómenos, diríamos... sociales, y ocasionales, y quizá incluso... industriales, es decir, no verdaderos fenómenos vivos, de la naturaleza viva.

Que un país... *disponga* de muchos pintores no tiene, apenas, importancia; lo que importa es tener pintura, no una escuela determinada de pintura, sino tener a la Pintura (pues no hay más que una, como no hay más que una Poesía, o una Música, o una... creencia); lo que verdaderamente importa es *tener* a la Pintura, o a la Poesía, o a la Música, no encerradas en nuestra casa (como alguien -un gran poeta, por lo demás-pretendiera), sino como sustancias vivas, nacidas o... *caídas* en nuestro suelo, en ese palmo de suelo que es nuestro que es nuestro, que es el nuestro. Ese poco de tierra es la única *nacionalidad* posible del arte. Ese poco de terreno, de sitio, sólo le sirve a la Pintura -o a la Poesía, o a la Música- para nacer, y nada más; tal cuadro, tal poema, tal cuarteto, una vez... aparecidos, nacidos, han de romper con todo, desligarse, desasirse de todo. Los historiadores y críticos de arte... al uso, en su muy honesto e ingenuo afán de historiar y juzgar, ante tal o cual obra se desviven, sobre todo, por reconocerles patria, raza, carácter, fisonomía, familia, escuela, estilo, pues suponen muy cándidamente que en la suma de todas esas... *particularidades* ha de estar, sin remedio, la obra entera y verdadera. Pero la vida central, sustancial, de una obra de creación no la encontraremos nunca en ese *cuervo* suyo... inevitable. Claro que unas obras como *Los esposos Arnolfini* de Van Eyck, o el retrato de *Felipe II joven* de Tiziano, o la *Betsabé* de Rembrandt, o el *Niño de Vallecas* de Velázquez, o el *Desnudo* de Rosales, o *La Guinguette* de Van Gogh, todas ellas, como se sabe, manifestaciones máximas del espíritu -del solo y único Espíritu- no dejan de ser también sumamente corpóreas, materiales, pero esa corporeidad y materialidad suyas no vienen a *significar* nada; sirven, cuando mucho, como bandejas portadoras de... *algo*, pero no pueden decirnos nada, revelarnos nada de ese Algo.

Lo que verdaderamente importa es tener pintura -Pintura-, o sea, tener nido, pozo, manantial pictórico. El pintor, aunque indispensable, no es más, me atreveré a decir, que un trajinero; lo suyo es un ir y venir de esa fuente rica y viva de la pintura -la Pintura- a su demasiado humana y tantas veces mísera realización material. El pintor como el poeta, como el músico- quizá no es más que un intermediario.

¿De qué puede servirle, por ejemplo, al suelo de Francia, disponer de muchos pintores, careciendo en cambio de pintura, de fondo de Pintura?

Hace unos días ha podido verse en París una muy extensa y espléndida exposición de Degas -un pintor que me ha gustado siempre poco-; lo cierto es que hay allí una gran rectitud de pintor, un comportamiento muy limpio de pintor, más aún, con una gran consciencia del tan... *misterioso* fenómeno natural de la Pintura, pero la pintura misma, su fluida sustancia central, no está: sólo está su entendimiento; Degas, tan sabedor de esa viva carnalidad pictórica, no ha podido traerla hasta aquí, hasta su

cuadro. Todo en Degas estaba bien dispuesto, los cálculos eran buenos, pero claro, no se trataba de cálculo alguno, sino de la muy simple y milagrosa... *encarnación*.

Esa materia prima, esa sustancia prima que necesita el pintor para el pintar, no es nuestra, no es del hombre, sino de la tierra, Y quizá también del agua, claro, que sigue siendo la tierra.

En unos lugares anida la pintura, en otros no puede o no quiere, pero no sabremos nunca por qué ni por qué no. Es tonto querer descubrir los motivos de una querencia.

OBRA COMPLETA, Tomo II
Pre-textos, Valencia, 1992